

GIL RIBEIRO

**LARGAS SOMBRAS
EN FUSETA**

CRÍMENES EN EL ALGARVE

Traducción:

ANA GUELBENZU



MAEVA | NOIR

PRIMER DÍA

1

SE HABÍAN ACERCADO a él en repetidas ocasiones para pedirle que hiciera desaparecer a alguien. Una de esas veces rechazó el encargo, pero otras pudo conciliarlo con su moral.

La moral es algo muy moldeable, siempre producto de una época, de una tendencia temporal, de una cultura, de una tradición y muchos muchos otros factores. Cambiaba de forma sin cesar. La moral es una gran oportunista que se puede ajustar según las necesidades.

La moral de Néelson también era distinta antes. El asesinato que tenía pendiente no lo habría perpetrado diez años antes. Hoy, al aterrizar en el aeropuerto de Faro, sí. Néelson había escogido un traje de color gris claro y una camisa sin corbata, lo que hacía parecer que viajaba por negocios, como tantos otros. También encajaba que solo llevara equipaje de mano. Logró responder a la mirada de la empleada de aduanas gracias a las gafas de conciencia tranquila, incluso le dedicó una sonrisa. El equipaje de mano estaba limpio, tampoco había ninguna cavidad oculta en la tapa. La mujer no lo registró, se limitó a comprobar la documentación y luego lo dejó pasar con un gesto amable.

Su padre le había dejado dos cosas por el camino que Néelson había interiorizado hasta tal punto que formaban parte de su ser.

A dor é o melhor professor. «El dolor es el mejor profesor», por eso su padre no se lo impidió cuando, a los tres años, fue lo bastante alto como para poner la manita en los fogones. Olvidaría

que su padre luego le sumergió la mano en agua helada, la untó con pomada para quemaduras y le secó las lágrimas. Olvidaría todo eso, pero no el dolor.

La otra cosa consistía en llevar las cosas hasta el final: si se daba la palabra, se daba la palabra, y los hombres como el padre de Néelson y los círculos en los que se movía la valoraban mucho. Un hombre que se tuviera algo de estima reaccionaba con autoridad y disciplina. Y la autodisciplina exigía respetar una promesa. A toda costa.

Estaba pensando en ello mientras esperaba su coche de alquiler en Hertz enfrente del edificio del aeropuerto y el cálido sol de mayo le daba en la cara.

Belmiro y Pepe habían aterrizado en Faro solo diez minutos antes que él. Su vuelo no era directo. Por seguridad, Néelson los había llevado hasta allí haciendo escala en París. Y, por supuesto, Belmiro y Pepe no eran sus auténticos nombres, sino los que figuraban en la documentación falsificada.

Néelson insistió, sobre todo, en que se dirigieran el uno al otro por sus nombres falsos y que los utilizaran todo lo posible en su cabeza. Tenían que sentir aquellos nombres en cuerpo y alma mientras durara la misión.

Con Pepe ya llevaba tiempo trabajando. Pese a que, por lo general, solía ser estricto al separar los negocios de la vida personal, se habían convertido en algo parecido a amigos. Belmiro, en cambio, se había unido a ellos dos años antes. Néelson sabía que, en su fuero interno, el chico no aprobaba sus medidas de seguridad, como la escala en París.

—¿A quién le importa después, cuando ha pasado todo, si hemos llegado los tres en un avión o en dos? —preguntó cuando Néelson les entregó los billetes.

—Solo a mí —respondió este con franqueza.

Naturalmente, luego se largarían y eliminarían su rastro, era muy probable que jamás se descubriera cómo habían llegado a

Faro. Además, aunque fuera el caso, no sufrirían ninguna consecuencia porque detrás de sus nombres se escondía... nada. Eran como fantasmas, como sombras. Meras copias de personas reales.

Así que era probable que Belmiro llevara razón, pero Nélsón descartaba los posibles errores con dos o tres medidas de seguridad. A quien se le escapaba un error era porque no se había preparado lo suficiente.

También podrían haber cogido el mismo coche, claro, pero esa era la siguiente precaución de Nélsón. Él fue en el coche de alquiler y ellos, en el autobús a Faro.

En un camino rural, poco antes de la autopista por la que quería llegar a Lagos, encontró la caravana, tal y como había acordado. Tenía un contacto en Portugal que le solucionaba todas las cuestiones logísticas. El alquiler de un piso, la compra de alimentos, ropa, medicamentos y todo tipo de cosas, o incluso conseguir una caja muerta como esa caravana. Llamaba a su contacto João, solo porque era uno de los nombres de varón más comunes del país.

La caravana era un modelo pequeño y antiguo con claras marcas de uso. Estaba a la sombra de un árbol de jacarandá con flores violetas, cuyo derroche de esplendor llamó mucho la atención de Nélsón. Abrió la puerta con una llave de repuesto y, una vez dentro, subió el asiento del comedor. En el espacio de almacenaje de debajo encontró, envuelto en tres mantas toscas, lo que le había encargado a João: una pistola pequeña, cargada, y tres cargadores de recambio. La «pistola para damas», como la llamaban a veces los legos en la materia, desapareció casi del todo en la mano, de tan pequeña que era. Además, era ligera como una pluma. Nélsón se la metió sin problema en el bolsillo interior de la chaqueta. En la segunda manta vio las piezas individuales del arma de precisión Wintor, que sabía montar con los ojos cerrados. La última vez no la necesitó y, en esa ocasión, también era

solo de reserva, por si tenía que reaccionar en poco tiempo. La tercera manta era más bien un pañuelo. Cubría una cajita blanca de la que Néelson sacó un frasco. Dentro brillaba un líquido verde amarillento claro que recordaba a un vino *chardonnay*.

Néelson entró en el minúsculo baño. Se quitó la peluca canosa cuyos rizos le llegaban hasta el cuello. Tiró a la basura las gafas y se afeitó la barba gris con sumo cuidado. Luego se separó los párpados con el pulgar y el dedo índice, se quitó las lentes de contacto de color azul claro y, después, se puso otras gafas.

Cuando cerró la caravana y metió las piezas del arma junto al neumático de recambio debajo del maletero del coche de alquiler, echó un vistazo al reloj de pulsera. En ese preciso instante, Belmiro y Pepe debían de estar maniobrando con la lancha a motor que João había conseguido a instancias de Néelson para salir del puerto de Faro y tomar rumbo al oeste. Si todo iba según el plan, actuarían por separado y no volverían a verse hasta que se encontraran de nuevo en el Four Seasons de Rabat.

SEGUNDO DÍA

2

MÁS TARDE, CUANDO todo había pasado, todos los periódicos portugueses, desde el *Correio da Manhã* hasta *Público*, incluso los diputados del parlamento lisboeta, se preguntaron cuándo y dónde había empezado todo aquello.

Había muchas respuestas.

La verdad era: el 15 de mayo de 2017.

La fecha en que los inicios del verano barrieron la primavera en el Algarve y el cielo quedó marcado por un intenso azul cielo. Un azul, en eso coincidía todo el mundo en esa parte baja de la costa, que no existía en ningún otro sitio. El paisaje estaba bañado por un verde potente, los olivares florecían de un color blanco delicado y, desde hacía unas semanas, volvía a haber mesas y sillas delante de los barecitos, restaurantes y *pastelarias* con sus dulces tentaciones. Jóvenes y mayores abarrotaban los locales e intercambiaban novedades o se sonreían sin más al sol y disfrutaban de un cigarrillo sin filtro y un café *bica* potente. Todo aquello mitigaba la *saudade*, esa profunda melancolía y parte del alma portuguesa. No se marchaba del todo, pero al menos no se dejaba ver demasiado durante un rato.

En todo caso, el 15 de mayo, cuando comenzó el asunto, a última hora de la tarde todavía dominaban unos agradables veinticuatro grados. Empezó en la furgoneta Volvo negra que, de camino desde Faro a la pequeña población costera de Fuseta,

en la carretera nacional N 125, adelantó a dos camiones aquel atardecer pese a que había bastante tráfico en dirección contraria.

Al volante iba Graciana Rosado, subinspectora de la Policía Judiciária, que recordaba a Holly Hunter. Por su constitución menuda, llevaba el asiento lo más avanzado posible. Como siempre que estaba de servicio, Graciana llevaba la melena que le llegaba hasta los hombros recogida en una práctica cola de caballo. Calzaba unas zapatillas deportivas blancas, unos tejanos azul claro y una camisa blanca.

A su lado iba su colega, Carlos Esteves, con una chaqueta de lino de color beis, arrugada como de costumbre, y las gafas de sol hundidas en la media melena de pelo rizado. Iba mordisqueando un pincho de pollo y hacía rato que había dejado de preocuparse por las maniobras de adelantamiento de Graciana y su futuro próximo. De alguna manera, siempre conseguía salir con vida. Además, si tenía que morir en un accidente a su lado, como mínimo que fuera con una sonrisa despreocupada y algo de comer en la mano. Peores maneras de morir se habían visto.

Por supuesto, Graciana Rosado consiguió también esta vez hacer el adelantamiento y los dos camioneros reaccionaron con un largo bocinazo.

—¿Te parece bien que nos llevemos para mañana el correo de Moncarapacho? —preguntó ella.

Carlos asintió.

—De todos modos, he quedado ahí con los chicos.

Graciana arrugó la frente.

—¿No en el bar Fuzeta?

Carlos Esteves solía quedar con «los chicos» todos los lunes por la noche en el bar Fuzeta, un pequeño local impregnado de deliciosos vapores de cocina cuyo dueño había decorado con el estilo original de la zona.

—Nos apetecía un cambio.

Ella lo miró con aire cómplice por el rabillo del ojo.

—¿Un cambio?

Su intuición era infalible. Sin embargo, Carlos Esteves puso cara de esfinge mientras veían pasar las casas blancas con sus marcos de las ventanas en amarillos, azul y verde. Y, con ellas, las cafeterías y restaurantes con los ancianos sentados delante en sillas de plástico, hablando del pasado con sus gorras con visera y una cerveza en la mano. O en silencio, contemplando el aire que soplabá.

—Además, con el nuevo dueño la comida ha empeorado —añadió Carlos.

Era cierto: ahora en el bar Fuzeta casi solo se veían turistas perdidos que visitaban Fuzeta por primera vez. Los demás acudían al bar vecino, el Capri.

En Fuzeta se conocían todos, lo que casi siempre era una ventaja. Las familias de Graciana Rosado y Carlos Esteves llevaban generaciones muy arraigadas allí. Cada rincón, cada bar, cada perro tenía su propia historia allí con la que habían crecido desde niños los dos subinspectores. Sí, Fuzeta contaba incluso con su propio olor y había mantenido su autenticidad. Mientras otros lugares del oeste del Algarve estaban invadidos por las aglomeraciones turísticas y los campos de golf, Fuzeta y otras poblaciones del este del Algarve se habían salvado, de momento. No había un solo hotel ni un paseo marítimo; solo un *camping*. La Ria Formosa, un gigantesco paisaje de lagunas intercaladas por islas surgidas del Atlántico durante el terrible terremoto de 1755, ejercían de cinturón protector de Fuzeta y la parte oriental del Algarve.

Graciana Rosado y Carlos Esteves estaban a unos treinta minutos en coche de su comisaría en Faro, un tiempo que, naturalmente, ella no necesitaba. A solo unos kilómetros al norte estaba Moncarapacho, que con sus ocho mil habitantes cuatriplicaba la población del pueblo pesquero de la costa. Allí se

encontrada el puesto más cercano de la GNR, la Guarda Nacional Republicana.

Ambos habían iniciado allí su carrera y habían lidiado con pequeñas infracciones legales: conducir sin permiso, robos en tiendas o reyertas conyugales. También accidentes de tráfico, perros extraviados o lesiones físicas. Desde que habían hecho el cambio a la Policía Criminal en Faro, se ocupaban de delitos más graves: lesiones físicas, estafas, atracos, asesinatos y casos parecidos. Su competencia se extendía hasta más allá del Algarve oriental, el llamado Sotavento.

Cuando se daba la ocasión, les gustaba echar un vistazo a sus antiguos dominios, charlar con sus colegas y llevarse el correo destinado a la Policía Judiciária.

Así, Graciana fue por la N 398 hacia el norte, una carretera estrecha de dos carriles que discurría junto a verdes prados y campos arenosos. Aquí y allá pastaban caballos o un burro, y en julio, como muy tarde en agosto, los prados se convertían en paja amarilla bajo los efectos del calor abrasador de las estepas.

Tres kilómetros después, el camino pasaba por el cementerio local, con sus panteones desmoronados y nuevos, ubicado en medio de la calle mayor del pueblo, y también por la gasolinera Galp, con sus escasos tres surtidores techados y las construcciones ruinosas y abandonadas que se alternaban con otras modernas. Todo ello flanqueado por árboles, limitados en las aceras por los adoquines.

Al final de la calle mayor, una callejuela angosta seguía hasta la comisaría de la GNR. El edificio era una construcción angulada de dos plantas, pintada en rosa y con las contraventanas blancas y un amplio arco morisco en la entrada con un letrero en verde sobre fondo blanco en el que saltaba a la vista la abreviatura GNR. El edificio estaba rodeado de casitas encaladas de blanco con tejados planos de ladrillos de arcilla o azoteas donde ondeaba la colada.

Ya en la primera sala se encontraron con Luís Dias, cuya falta de reflejos le impidió ocultar a tiempo la partida al solitario en su monitor.

—*Olá*, Luís.

—*Olá*.

A sus sesenta y dos años, Luís Dias se dedicaba a no dar palo al agua hasta la jubilación. Llevaba ya treinta años haciéndolo y, desde entonces, su perímetro corporal había aumentado de forma notable. Aun así, ni entonces ni ahora encontraba impedimento para alardear delante de las turistas rubias.

Ana Gomes, en cambio, que compartía turno con Luís y su lima para las uñas, era de la edad de Graciana. El primer día llevaba el uniforme tan ajustado que los usuarios masculinos de la vía pública habrían dejado que les pusiera una multa en el limpiaparabrisas. Ana prefería patrullar en coche por las poblaciones y el entorno, mantenía conversaciones con los transeúntes y repartía multas si no conseguían hacerle cambiar de opinión a tiempo con un *bica*. O con un cumplido.

—¿Ana sigue fuera? —preguntó Carlos.

—No, eh... está...

«Luís se está haciendo mayor de verdad», pensó Graciana. «Antes se le ocurrían más rápido las excusas». Por lo visto, su colega había terminado el turno un poco antes.

—Su madre está mayor, ¿no? —le echó un cable Graciana.

—Exacto —confirmó Luís, aliviado.

Graciana asintió, comprensiva, mientras Carlos levantaba una ceja y le lanzaba una mirada elocuente.

Luís se levantó y metió la silla debajo del escritorio haciendo ruido. Luego miró hacia el reloj de pared con gesto exagerado.

—*Meu deus*, ya son las seis y tres —dijo con un asombro mal fingido—. ¿Os quedáis un momento?

Evitó el contacto visual con Carlos, que no lo trataba con tanta indulgencia como Graciana, pues a este le parecía que a

veces Luís y Ana tensaban demasiado la cuerda. Y decir «a veces» ya era ser muy generoso.

Graciana asintió.

—Vete, tranquilo. ¿Quién está en el turno de noche? ¿Teresa?

—*Sim*.

—Bien. Espero aquí hasta que llegue.

Luís agarró su chaqueta antes de que Graciana cambiara de opinión o Carlos se entrometiera, les deseó al pasar un «*boa tarde*» fugaz y desapareció al instante.

Graciana se volvió hacia los apartados de correos situados en un rincón de la sala: eran unas cajoneras de madera destartadas donde resaltaban los nombres de los policías. El contenido de uno de ellos estaba destinado a redirigirlo a la comisaría de Faro. Hojeó los sobres. Había una carta dirigida a ella. El remitente lucía el sello del Ministerio del Interior de Lisboa. Graciana guardó el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta, cuyo borde le llegaba tan abajo que le permitía ocultar la Glock 26 que llevaba en la funda del cinturón.

—Lo sabía —soltó Carlos con la boca llena. Miró por encima del hombro de Graciana. Acababa de salir de la pequeña cocina con dos canastitas de hojaldre. El rostro irradiaba un júbilo tan infantil que Graciana no pudo evitar sonreír.

—¿Quieres? —Le ofreció una de las canastitas.

A Graciana le conmovió el gesto. Aunque estuvieran los dos al borde de la inanición en la cumbre helada de una montaña, él compartiría su último pedazo de pan con ella.

—*Obrigada* —declinó la oferta y miró el cielo, donde se mezclaba ese azul tan especial que anunciaba la oscuridad incipiente. La palabra para designar ese color sonaba mucho más sensual en portugués que en ningún otro idioma.

Ese *azul* era incomparable. Seguro que existía también en Lisboa o más arriba, en Oporto, pero allí abajo, en el Algarve, era... distinto. Más suave. Más intenso. Más íntimo.

Cinco minutos después, Carlos ya había engullido las pastitas. Los dos miraron el reloj de pared: las seis y diez. El subinspector suspiró, se levantó y desapareció de nuevo en la cocina. Graciana se preguntaba dónde metía todas esas calorías. A fin de cuentas, evitaba los gimnasios y nunca caminaba más rápido de lo necesario. Era un tipo grande y pausado, corpulento, pero sin sobrepeso. De esos hombres con los que no apetece mucho pelearse, y él no era alguien que eludiera una pelea. Volvió de la cocina con una Sagres, y abrió la chapa con un mechero.

Una cerveza y diez minutos después, Teresa Fiadeiro seguía sin aparecer por la comisaría. Graciana se acercó al pasillo, desde donde se veía el patio interior de la GNR y el aparcamiento. Sin embargo, no vio el pequeño Renault azul de su compañera.

Teresa Fiadeiro tenía cincuenta y siete años y llevaba cuarenta al servicio de la Guardia Nacional. Si Graciana no recordaba mal, se había puesto enferma en contadas ocasiones. Si se daba el caso, o llamaba o enviaba a su marido, cuando aún vivía.

—Voy a llamarla —anunció Carlos. Graciana asintió y salió a la puerta, desde donde tenía una buena vista de la Rua João Filipe Mendonça Vargas, un nombre muy largo para una calle tan corta, por la que solía llegar Teresa a pie desde su casa. Salvo por un podenco que cambió de lado de la calle y un conductor de motocicleta que la evitó con destreza, no había nadie más en la Rua Vargas.

Teresa no iba a llegar. Había pasado algo, Graciana lo percibía en el estómago. Nadie la creería, eso también lo tenía claro, porque, de momento, con los datos en la mano, solo era una colega que llegaba unos veinte minutos tarde.

Se le acercaron por detrás unos pasos que se detuvieron a su lado: era Carlos. Graciana captó un discreto aroma de colonia. Seguramente acababa de ponérselo. Era otoñal, fresco. Le quedaba bien, pero nunca había visto que se pusiera colonia para quedar con «los chicos».

—No contesta.

—¿Al móvil o al fijo?

—A ninguno de los dos.

Dejaron reposar un momento esa información, y luego extrajeron conclusiones distintas.

—A lo mejor está enferma.

—No.

—O está en algún atasco o...

—Habría avisado —lo interrumpió Graciana—, ya conoces a Teresa. Voy a pasar por su casa. —No esperó a la reacción de su compañero y se abrió paso.

Oyó un carraspeo tras ella que le hizo mirar por encima del hombro.

—Estoy en el António, si me necesitas —dijo Carlos—. Yo cierro esto.

—¿Es el nuevo punto de encuentro?

Carlos Esteves asintió.

EL PISO DE Teresa Fiadeiro estaba a solo unos trescientos metros de la comisaría de la GNR. Era una primera planta encima de un pequeño supermercado, Loja Fresca, que ofrecía la verdura fresca en unas cajas de plástico azul ubicadas en la estrecha acera.

Desde abajo se veían las dos grandes puertas acristaladas que comunicaban el piso de Teresa con un balcón de barandilla negra metálica abombada. Las persianas estaban subidas.

Graciana Rosado subió una enorme escalera de piedra gastada hasta llegar a la discreta puerta del piso pintada de blanco, llamó al timbre y esperó. Sabía que, dentro, el suelo del piso era de tablones de madera oscura, pero no oyó ningún crujido. Nada. El siguiente timbrazo cayó también en saco roto.

Durante unos segundos, la subinspectora no supo qué hacer, pero luego recordó el móvil de Teresa. Siempre lo llevaba encima,

algo muy poco habitual en alguien de su generación. Era imposible que Teresa y su móvil estuvieran en dos sitios distintos, así que Graciana sacó el suyo y marcó su número de móvil.

Tras la puerta del piso se oyó el inicio de una canción que en Portugal conocían todos los niños: *Grândola, Vila Morena*. Era la señal secreta que se propagó por la radio cuando la gente se levantó en 1974 contra la dictadura. La canción prohibida fue la señal de inicio de un golpe de las unidades de izquierdas del ejército celebrado por la población, y que allanó el camino hacia la democracia. La gente entusiasmada embelleció a sus soldados con claveles rojos y, gracias a esa «Revolución de los Claveles», las últimas colonias de Portugal se desprendieron de la metrópolis.

Graciana esperó a que la canción empezara por quinta vez. A la sexta, rompió con la empuñadura del arma de servicio el cristal de encima del pomo de la puerta, metió la mano y la abrió.

En el pasillo, cuyos tablones crujieron bajo su peso ligero, siguió el sonido del teléfono. Pasó por delante del dormitorio y entró en la pequeña cocina, que terminaba en un balcón minúsculo que daba al patio trasero. El móvil de Teresa estaba sobre una mesita de madera y sonaba sin parar el inicio de *Grândola, Vila Morena*.

Graciana colgó la llamada y el móvil enmudeció.

—¿Teresa?

No obtuvo respuesta. No tardó ni tres minutos en registrar el piso y comprobar que su compañera no estaba en casa.

Pero su móvil sí. Y eso no cuadraba.

EL ANTÓNIO ERA un local pequeño, decorado con sillas y mesas de madera oscura. Para ganar un poco de espacio, los dueños habían construido un techo, también de madera, que sobresalía hacia la calle en un tejadillo que tenía la anchura de un vehículo,

algo que no molestaba a los vecinos. Debajo, habían colocado unas diez mesas más con sus obligatorios parasoles, de manera que doblaban los asientos disponibles.

Pese al agradable ambiente vespertino, Carlos Esteves y los chicos no estaban fuera, por lo que Graciana Rosado se paró un momento. La explicación llevaba una falda corta negra y una melena oscura que le caía hasta los omoplatos. Trasmitía una alegría contagiosa.

—¿Quién es? —preguntó Graciana con la máxima naturalidad posible cuando se sentó con Carlos, Adrien y Gonçalo, que estaban viendo el partido de fútbol de los eternos rivales, el Benfica de Lisboa y el FC de Oporto, con la atención dividida. El hecho de que sus colegas solo apartaran la vista de la gran pantalla plana una fracción de segundo fue indicio más que suficiente para Graciana.

El fútbol en Portugal es religión y ciencia a la vez. Algo sagrado. Hombres hechos y derechos como el padre de Graciana no se avergonzaban de sus lágrimas ante una derrota de su equipo. Cualquier centro, cualquier subida o bajada personal de un jugador, cualquier comentario en una rueda de prensa se diseccionaba en tertulias especializadas, se estudiaba desde todos los ángulos y era objeto de acalorados debates.

De hecho, era imposible que Carlos Esteves, ferviente seguidor del FC Porto, mirara durante el partido algo que no fuera un balón de fútbol, a no ser que a uno lo acabara de dejar su mujer o hubiera recibido el diagnóstico de una enfermedad incurable.

—¿Eh? —dijo Adrien, el pescador, sin ni siquiera levantar la vista.

—Que quién es —repitió Graciana.

—Soares —gruñó Gonçalo, pensando que preguntaba por el nombre del delantero centro que en ese momento regateaba con el balón a un defensa del Benfica de Lisboa para chutar al ataque contra el larguero contrario.

Un murmullo de resignación recorrió el local, frecuentado en su mayoría por hombres. Jóvenes y mayores se sentaban juntos en armonía y juntos se ponían ansiosos.

—Creo que se llama Rúbia —explicó Carlos por fin, con una leve sobredosis de indiferencia que lo delató.

Graciana calculó que Rúbia tendría treinta y tantos años. Llevaba unos cuantos kilos encima y, como se sentía irresistible y tampoco iba en menoscabo de su sonrisa, a su entorno le ocurría lo mismo. Graciana dedujo que a Carlos le había causado la suficiente impresión como para trasladar el punto de encuentro con los chicos al António cuatro años después y ponerse loción de afeitado.

—Teresa no está en casa y falta la llave del coche —soltó Graciana sin rodeos.

Carlos, que estaba comiendo con los chicos *pastéis de bacalhau*, suspiró.

—Por favor, podría estar en cualquier sitio.

—El móvil también está en casa. Pero tú quédate aquí si quieres, tranquilo.

Su compañero infló las mejillas y soltó un sonoro suspiró. Desvió la mirada hacia Rúbia. Llevaba doce días exactos trabajando de camarera en el António y vivía en Fuseta por casualidad. Una pequeña consulta a la oficina de empadronamiento, en teoría por un mal aparcamiento, había desvelado su dirección y su estado civil. Soltera. Se había pasado, como mínimo, media noche sonriendo.

La segunda mirada fue para el partido que transcurría en la pantalla.

—¿Sabes quién juega?

Al ver que no obtenía respuesta, Carlos se dio cuenta de que Graciana ya había salido del local.

—*Merda* —gruñó, y salió tras ella dando zancadas. Aquella mujer sabía cómo tocarle la fibra.

La alcanzó poco antes del aparcamiento de la GNR.

—Está bien, el móvil. No es normal —admitió—. ¿Algo más?

Graciana hizo un amago de negar con la cabeza.

—He presentado una denuncia de desaparición. Y he emitido una orden de búsqueda de su Renault.

Fue como si, de repente, Carlos hubiera chocado con una pared.

—¿Una orden de búsqueda? ¿No exageras un poco?

Habían llegado al Volvo. Graciana abrió la puerta del piloto.

—No —contestó ella, decidida, y puso esa cara que Carlos conocía tan bien. Las alas de la nariz se le reducían, los labios gruesos se transformaban en una fina línea y parpadeaba nerviosa. La última vez que la vio fue cuando Graciana le contó que su hermano Elias había muerto. Era una expresión de apuro por no poder explicar algo. La incapacidad de describir con palabras una certeza. Una impotencia atroz—. Le ha pasado algo —añadió.

Carlos Esteves no estaba convencido ni mucho menos, pero, como Graciana subió al coche sin más explicaciones, se sentó a su lado.

—¿Por dónde se está buscando su coche? —preguntó cuando dejaron atrás Moncarapacho al anocheecer.

—Por todo el país —respondió Graciana. Cerró los ojos un instante y tomó aire por la nariz—. Aquí huele a pescado —aseveró.

Carlos asintió. Sacó un revoltijo de servilletas del bolsillo de la chaqueta, formó unas pinzas con el dedo índice y el pulgar y sacó una croqueta de bacalao de las servilletas.

—He hecho que me envolvieran una parte. ¿Adónde vamos?

—A casa del *senhor* Lost.

Carlos la miró molesto.

—¿Qué tiene que ver él?

—He pedido un resumen de las comunicaciones del móvil de Teresa: la última conversación la tuvo con Leander Lost.